

mar parte de vuestro regimiento, es un momento memorable para la historia del país.

Compárense estas palabras arrogantes con las que pronunciaron el abuelo y el padre de Guillermo II, cuando éste fué teniente del primer regimiento de la Guardia.

—El servicio que habrás de prestar—dijo el viejo emperador—podrá parecer mezquino é inútil á tus ojos inexpertos. Pero, ten entendido que todo es importante cuando se cumplé con el deber. Para que el gran edificio de nuestro ejército se mantenga en pie, es necesario que cada una de sus piedras esté bien tallada. Ahora, á tu trabajo, y sé obediente á las órdenes de tus superiores.

—Celebro que mi hijo tenga el privilegio de empezar sus estudios militares en el primer regimiento de la Guardia, y por ello le felicito. Se enorgullecerá de llevar vuestro uniforme. Camaradas, os recomiendo mi hijo.

Aunque cuidadoso del esplendor de la corte, Guillermo II gusta poco de las grandes fiestas que ha de dar, cada invierno, en el palacio imperial de Berlín.

Uno de los motivos de su disgusto es la circunstancia de que este palacio, cuya gran masa de piedra tiene un aspecto exterior tan imponente, se halla interiormente dispuesto de la manera más incómoda para las grandes recepciones. El kaiser siente no ser bastante rico para hacer construir salones apropiados á las exigencias modernas.

Sin embargo, no puede suprimir las grandes fiestas de invierno, ni reducir su esplendor, pues son verdaderas instituciones de Estado que el monarca tiene obligación de respetar, salvo en casos de luto de la corte ó de desastres nacionales. Cada vez que la ocasión se pre-

senta, Guillermo II aprovecha el pretexto que le permite suprimir las grandes fiestas de la corte.

Cuando su tío mayor el príncipe Alejandro de Prusia murió, en 4 de enero de 1896, las primeras palabras del kaiser fueron estas:

—Ahora vamos á podernos ver libres, al menos durante este invierno, de la sociedad de nuestros amigos desconocidos.

Y el mayordomo Eulenburg recibió inmediatamente la orden de retirar todas las invitaciones para el carnaval.

La servidumbre de la corte de Alemania se compone de unos mil ochocientos hombres, entre empleados y gente de librea, y más de trescientas mujeres, entre criadas, camareras y personal de séquito y compañía. La emperatriz es la coronela de este regimiento; pero el emperador es el general que lo hace marchar militarmente.

Al dar las doce del día en el Palacio Nuevo, cuarenta ó más mujeres, unas viejas y otras jóvenes, se reúnen para almorzar al pie de la escalera de servicio. La mayor parte de ellas comen pan moreno con un poco de tocino y beben una horrible infusión de achicorias á que dan el nombre de café.

Algunas se regalan con un pedazo de carne de puerco salada. Otras dependen de la caridad de los criados de librea, que son mantenidos en la casa imperial ó comen en la cantina.

Estas mujeres, á quienes se obliga á vestir de algodón blanco todo el año, no llevan, en invierno, más abrigo que una pequeña manteleta.

¡Pues bien!, estas míseras mujeres pertenecen á la servidumbre imperial, ni más ni menos que las ele-

gantes doncellas del servicio particular de la soberana, con la sola diferencia de que estas últimas se contratan por años, mientras que las primeras se alquilan por meses durante la residencia de la corte en Potsdam.

Todas vienen de la ciudad ó de los pueblos inmediatos y trabajan en palacio desde las seis de la mañana hasta las seis de la tarde. Muchas de ellas viven una hora lejos; de modo que tienen que salir de su casa á las cinco de la mañana, ó más temprano, y no pueden estar de regreso hasta después de las siete. Se las emplea en las faenas más pesadas que exigen la limpieza y servicio de las habitaciones de los ayudantes de campo y de las damas de palacio, del departamento de criados y de las cocinas. Pero no hay puesto en palacio para albergarlas, ni aun para ofrecerles un abrigo durante sus miserables comidas. ¡Y si al menos estuviesen bien pagadas! Pero no; sólo cobran dos ó tres marcos diarios por un rudo trabajo de doce ó catorce horas, sin que este mezquino salario sufra el menor aumento ni en los inviernos más crudos. Pero esas parias de la corte de Alemania, que luchan á menudo contra el hambre y el frío, interesan poco al emperador, porque si bien dan lustre, lo dan á los suelos de palacio, y los millones de la lista civil apenas bastan para sostener el ejército de brillantes servidores destinados á reflejar el esplendor de la dignidad imperial.

De las mil quinientas personas afectas al servicio de palacio, hay más de mil que, además de percibir su sueldo, son mantenidas, vestidas y alojadas.

Á los altos funcionarios no se les viste materialmente, pero se les da una indemnización para compra y conservación de sus uniformes. Además perciben tam-

bién un suplemento de sueldo si no comen en palacio.

Los mayordomos cobran treinta mil marcos anuales, son alojados en quintas de la corona y tienen coches y caballos á su disposición. La corte les da dos criados de librea imperial y dos camareras. Su consignación para gastos de viaje es de treinta marcos diarios.

La dama mayor de la emperatriz cobra el mismo sueldo y la misma indemnización de viaje. Tiene á su disposición dos ayudas de cámara y dos coches, y ocupa un magnífico departamento en la residencia imperial.

Las damas de honor cobran seis mil marcos al año; tienen á su servicio lacayos, camareras y coches, derecho á indemnizaciones de viaje, hasta veintisiete marcos diarios, comida y habitación en palacio.

Á los ayudantes de campo los paga el Estado, pero la lista civil los mantiene é indemniza de gastos de viaje y uniformes.

El salario de los ayudas de cámara del emperador varía entre ciento cuarenta y ciento cincuenta marcos, mensuales, y el de los lacayos ordinarios, entre ochenta y cien marcos. Á unos y otros se les mantiene, viste y aloja.

El *groom* particular del kaiser cobra ciento diez marcos al mes, y Rieger, su escultural cargador de escopeta, ciento cincuenta marcos.

El servicio personal de la emperatriz comprende: una doncella mayor con ciento cincuenta marcos mensuales de sueldo; otras dos doncellas que cobran ochenta marcos; otra destinada especialmente al servicio de la cámara imperial, que percibe cuarenta y cinco marcos, y dos costureras contratadas por años, que reciben dos marcos diarios, alojamiento y comida.

La emperatriz tiene igualmente á su servicio tres ayudadas de cámara, á ciento cincuenta marcos al mes; cinco lacayos, á ciento veinte; su cochero Polte, cuyo sueldo es de ciento treinta; su caballerizo, que cobra doscientos, y doce criados que reciben treinta marcos de sueldo y veinte para vestirse.

Los salarios de todo el personal se pagan por adelantado el día 3 de cada mes.

¡Cosa increíble! Los criados de la corte se ven á veces obligados á anticipar dinero. En cierta ocasión, cuatro criadas de palacio enviadas á Friedrichshof á fin de preparar el castillo para una visita imperial, se detuvieron en Kronberg, cerca de Hamburgo, donde tuvieron que pedir prestado el dinero indispensable para comer.

Habían tenido que adelantar de su bolsillo el importe del viaje y no les quedaba bastante para hacer provisiones de boca en espera de los cocineros de la casa real.

Las continuas idas y venidas de los criados desde Berlín á Potsdam ocasionan dificultades sin fin entre ellos y la tesorería. Ésta salda todos los gastos á principios de mes con los fondos consignados en el presupuesto, y como pone el remanente á disposición de Sus Majestades, no puede atender á ningún imprevisto.

Sucede á menudo que el emperador ó la emperatriz mandan á un servidor que parta inmediatamente para Berlín. Si el intendente duda que se haya dado tal orden, el pobre criado, en la imposibilidad de recurrir al testimonio de Sus Majestades, cosa contraria á la etiqueta, prefiere abandonar el anticipo á perder su plaza.

En cierta ocasión en que una dama de palacio pidió á la lencera que aumentase la poca ropa blanca á que tenían derecho sus criados, ésta contestó:

Yo bien quisiera—pero no me es posible—porque la cantidad consignada para la colada apenas es suficiente. Media docena de toallas más á lavar por semana desbarataría todos mis cálculos.

Á cada instante, la misma emperatriz se ve obligada á sostener una verdadera lucha para conseguir que le compren un cepillo de dientes ó le arreglen un biombo. Cuando en las habitaciones de Su Majestad se rompe algún objeto de tocador, se llevan los pedazos al mayordomo que los trasmite al tesorero; y durante una serie de ridículas formalidades, que á veces duran ocho días, la emperatriz se ve privada de tal ó cual objeto necesario.

En suma, la administración de la casa imperial es más complicada que extravagante. Falta añadir que los gastos de las recepciones particulares y oficiales de palacio pecan más bien de modestos que de excesivos.

La mesa nunca es fastuosa. Los ambigús organizados por el copero mayor, y por el gentilhombre trinchante en los bailes de la corte son tan poco espléndidos, que cuesta trabajo pescar un *sandwich* ó una copa de champaña.

Las visitas de personas reales obligan, naturalmente, á desplegar cierto lujo. Pero, aun entonces, las cosas dejan bastante que desear.

El conde Herberto de Bismarck, de regreso de un viaje á Inglaterra en 1892, hizo correr la voz de que el príncipe de Gales no iba á Berlín, porque su servidumbre no quería acompañarlo.

Pocas personas tomaron en serio este rumor; sin embargo, es un hecho que cuando el príncipe Eduardo, padre del actual rey de Inglaterra, estuvo en la capital pru-

siana en marzo de 1889, sus criados no cesaron de andar á la greña con el mayordomo, conde de Liebenau, diciendo que se les mataba de hambre. Cada mañana, cuando se les servía el desayuno alemán, compuesto de café con leche, dos panecillos y un poco de manteca, pedían un suplemento de huevos y carne. Pero Herr von Liebenau recibía sus reclamaciones con la mayor indiferencia, y si en la comida renovaban sus protestas, les amenazaba con ir á quejarse á Su Alteza Real.

—¡Ojalá!—contestaban los ingleses. Entonces Su Alteza nos haría comer en la fonda.

Durante todo el tiempo de su permanencia en Berlín, las discusiones continuaron.

Después de la marcha de aquellos criados descontentadizos, Liebenau decía en voz alta que la servidumbre del príncipe de Gales era «la chusma lacayuna más desvergonzada y hambrienta que había encontrado en su vida.»

El mismo emperador practica á menudo la parsimonia. En cierta ocasión, Guillermo II, para contrariar á su suegra durante una representación en el Teatro Real de la Ópera, se complació en darle minuciosos detalles sobre la redondez de formas de una artista que cantaba aquella noche, y con la cual estaba en íntimas relaciones.

La vieja duquesa de Schleswig-Holstein, que no tiene pelos en la lengua, le contestó:

—De modo que esa señorita engorda. ¡Tanto mejor! Pero no será gracias á vos, porque me confesó que nunca le habíais dado un pfennig (1).

(1) La centésima parte de un marco. Ochenta pfennigs equivalen á una peseta.

—¡Pero á esa señorita se le aumenta el sueldo á intervalos regulares!—replicó Guillermo, y cambió de conversación.

Entre las víctimas de la cicatería de la corte de Prusia se cita á la famosa tiple italiana Camila Landi.

Durante el invierno de 1901, la Landi dió, con gran éxito, varios conciertos en la Filarmónica de Berlín. Cierta noche, en un intermedio, el barón von der Knebeck fué á decir á la cantante que el emperador deseaba mucho oirla.

—Tenemos esta noche una pequeña reunión en palacio—añadió el barón—y sus Majestades celebrarían que fuese usted después del concierto.

Aunque halagada por aquella invitación, la tiple se excusó de no poder ir á causa del cansancio y del temor de quedar mal.

—Es imposible que usted se niegue—replicó el emisario del kaiser.—Se trata de una orden del emperador.

Esto dicho en tono terminante, el barón saludó con la tiesura de un gentilhomme que ejecuta una orden soberana.

La Landi consultó entonces el caso con varios amigos alemanes, quienes le aconsejaron que acudiese á la invitación imperial. Activó pues su concierto y, apenas terminado, subió al coche de la real casa que la esperaba á la puerta.

Una vez en palacio, fué conducida á presencia de Sus Majestades que la hicieron cantar y más cantar, mostrándose insaciables. La artista hizo cuanto pudo. La pobre no había comido nada desde las diez de la mañana, pues los días en que cantaba, almorzaba temprano y no volvía á tomar bocado hasta después del concierto.

Cuando los emperadores hubieron agotado el repertorio de la cantante, se retiraron, no sin haberle dado las gracias con algunas frases de elogio. Después, un lacayo sirvió á la tiple un te casi frío con unas galletitas secas.

Antes de ir á Berlín, la Landi había cantado en Viena ante el emperador Francisco José y varios archiduques y archiduquesas, recibiendo en pago un billete de mil coronas y un alfiler de diamantes. Camila Landi pensó que la corte de Berlín haría lo mismo. Pero pasaron días y no recibió nada. Fué á París, y desde allí escribió al mayordomo de palacio, suplicándole que no olvidasen sus servicios y añadiendo que cobraba mil francos por cantar en los salones particulares.

Tres días después, la tiple recibió un cheque de quinientos marcos acompañado de la siguiente carta:

«El mayordomo jefe de palacio tiene el honor de manifestar á la señora Landi que la corte de Berlín no acostumbra pagar á los artistas que Sus Majestades se dignan invitar á sus veladas musicales; sin embargo, puesto que la señora Landi insiste, se le concederá una gratificación extraordinaria de quinientos marcos. Además, mi Señor el rey de Prusia me manda decirle que su presencia en los Estados de Su Majestad no es deseada.»

Si la Landi hubiese querido publicar entonces esta carta extravagante, se hubiera hecho un bonito reclamo. Pero prefirió guardar silencio. En cuanto al decreto de proscripción, la artista no hizo caso, pues volvió tranquilamente á cantar en Prusia, y Guillermo II no se atrevió á intervenir, sin duda por temor de caer en ridículo.

Lo que por un lado se economiza ruinmente en la casa real, se malgasta por otro lado en satisfacer locos caprichos de Guillermo. Un día, se le ocurrió de pronto reformar un salón de palacio. Apenas terminada la modificación, mandó variarla, so pretexto de que los entrepaños resultaban demasiado oscuros, la cornisa poco saliente y una chimenea en discordancia con el conjunto.

Un batallón de obreros volvió á tomar posesión de palacio y el kaiser se fué de viaje. Regresó al cabo de un mes de ausencia, inspeccionó minuciosamente la tercera modificación y se mostró satisfecho. Pero al día siguiente ya había cambiado de parecer, y declaró que el salón era una verdadera algofra.

Luego mandó sustituir todas las mesas y sillas de otro salón, el de las Columnas, por otras más costosas y menos en armonía con el estilo de la pieza. Tuvo más tarde el capricho de convertir en sala verde la histórica «Sala Blanca,» y después de haber empleado durante tres semanas una brigada de pintores en recubrirla de una imitación de mármol verdoso, la transformación le pareció horrible, y volvió á ocuparlos quince días en blanquear de nuevo la sala. Este nuevo capricho imperial costó nueve mil marcos.

Después quiso ensanchar la misma sala, y, durante meses, varias cuadrillas de trabajadores estuvieron ocupados en fabricar los cimientos. De pronto el emperador cambió de idea y se deshizo lo hecho.

Después de la aparición del himno á Egir, Guillermo hizo reformar la galería de los músicos según sus propios planos. Quería la orquesta invisible de Wagner, y gastó diez mil marcos en satisfacer este capricho.

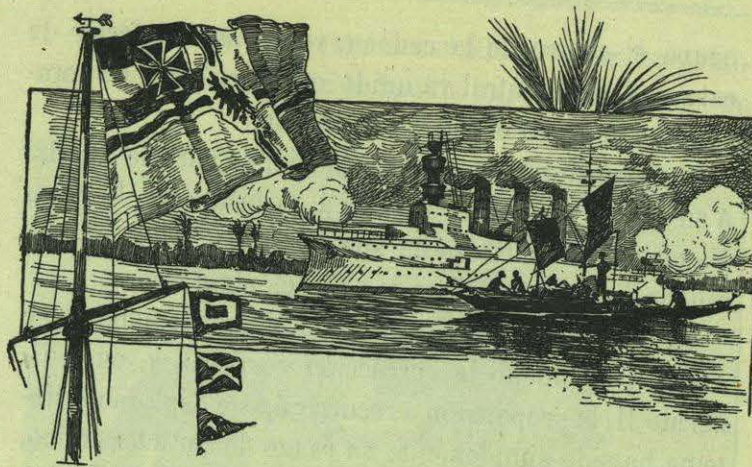
Actualmente, las orquestas tocan en el palco diplomático, y á los embajadores se les ha destinado el palco real.

En otra ocasión se trató de reconstruir las columnatas que unen á los cuarteles situados delante del Palacio Nuevo. Más de cincuenta picapedreros y albañiles acamparon durante una porción de meses en el Sandhof, y un día se les despidió, estando los trabajos á medio concluir.

Durante el verano de 1897, el kaiser dió las órdenes oportunas para repintar las habitaciones de las damas de honor y renovar su mobiliario. Cuando todo estuvo concluído, telegrafió desde Hamburgo mandando rehacer los salones de distinta manera.

Nada tiene pues de extraño el que, á pesar de lo muchísimo que se gasta en conservación y reformas de los palacios reales, éstos se distinguen por su falta de buen gusto y de confort.

De lo dicho se desprende que la confusión, el expedienteo, la extravagancia y la penuria reinan en la corte de Alemania desde el advenimiento al trono de Guillermo II.



CAPITULO VIII

Guillermo II, padre de familia. - Los hijos del kaiser. - Su educación. - El kronprinz. - Su casamiento. - Grandes fiestas. - Una hija natural de Guillermo II. - Carolina Seiffert. - Partido del kaiser entre el bello sexo de Viena. - Sus relaciones íntimas con las condesas de Wedel-Berard y de H***. - Su idilio con la condesa M***. - Memorias de la condesa de Wedel. - Intrigas de esta aventura. - Triste fin de unos amores. - Brusca interrupción del idilio.

Si el fruto de bendición es prueba de dicha conyugal, puede afirmarse que Guillermo II ha sido feliz en su matrimonio, pues la emperatriz Augusta Victoria le ha dado siete hijos, los mayores de los cuales son ya hombres.

El príncipe Guillermo, actual kronprinz, nació en 1882; los príncipes Eisel, Adalberto y Augusto nacieron respectivamente en 1883, 84 y 87, y posteriormente los príncipes Oscar y Joaquín y la princesa Victoria Luisa. La emperatriz posee un brazalete compuesto de siete medallones cada uno de los cuales contiene el retrato en miniatura de uno de sus hijos. El de Victoria Luisa